

Sociedad Navarra de Medicina de Familia y Atención Primaria - SNaMFAP

**VII Semana sin Humo (año 2006) – V CONCURSO DE RELATOS BREVES EN
RELACIÓN CON EL ABANDONO DEL HÁBITO DE FUMAR**

1^{er} premio

Autora: Amaya Zarranz Errea. Villava (Navarra).

VIVIR

—¿Te vas a levantar de la cama de una vez?

—No.

—Llevas dos días ahí tirado, ¿qué te pasa?

—Nada, no me pasa nada.

—Chico, estás absolutamente imposible. No te aguanto. Me voy, que tengo hora con el médico. Tú verás si te dignas a salir de la cama o no. Adiós.

Oyó los tacones de ella mientras se alejaba, el tintineo de las llaves y el portazo. Apagó la radio y se arrebujó bajo las mantas, intentando esconderse del mundo, abstraerse, olvidarse de todo. De todo. Bueno, de todo no. En realidad, de lo que quería huir era del hecho de que llevaba dos días sin fumar. Dos días sin tabaco. Dos días en los que había descubierto que no merecía la pena vivir. ¿Para qué? Su vida, sus días, sus horas y sus rutinas se basaban en el tabaco. “Me levanto, y mientras se hace el café, un cigarro. Esperando el autobús para ir a trabajar, un cigarro. Si llego pronto, dejo las cosas en el despacho, salgo, y otro cigarro. A media mañana, bajo con los colegas a tomar un café, y otro cigarro. Antes de llegar a casa al mediodía, otro cigarro, rápido para que ella no se enfade si me retraso.

Después de comer, en la terraza, otro cigarro....”. Y así las veinticuatro horas del día. Su rutina, su vida, se basaba en fumar. Y si ya no fumaba... ¿para qué vivir? Había dejado de fumar por ella, porque se lo había pedido, porque estaba harta de vivir en una casa que olía a bar, según sus palabras. Porque no le gustaba el sabor del tabaco en su boca cuando le besaba. Porque estaba harta de recoger ceniceros manchados de ceniza y llenos de colillas. Y porque no se quedaba embarazada. No era culpa del tabaco, evidentemente. Pero ella estaba desquiciada, nerviosa y cualquier cosa le irritaba. Normal. Hacía tiempo que querían tener un hijo, pero no había manera. Y estaban empezando a impacientarse, lo que, evidentemente, no era bueno. La sobrecarga de estrés era ya la gota que colmaba el vaso. De hecho, hoy iba al médico para recoger las últimas pruebas que se había hecho. Mucho se temía que los resultados no iban a ser agradables. El médico había insinuado probables problemas de fertilidad, y pruebas y tratamientos que quizá habría que hacer.

Así que había decidido dejar de fumar. Por ella. Para que tuviera un motivo menos para estresarse. Para que se sintiera contenta y tuviera otra cosa en la que pensar. Pero ella ni siquiera se había dado cuenta, inmersa como estaba en su mundo. Y allí estaba él, en la cama, sin querer asomar la cabeza para no enfrentarse a un mundo que ahora ya no le parecía amable, sino hostil. ¿Cómo iba a coger el autobús sin fumar, a tomar café con los colegas sin fumar, a salir de copas sin fumar? No, evidentemente, ya no merecía la pena vivir.

No sabía cuánto tiempo había pasado, llevaba dos días igual, como ido. Pero de repente oyó las llaves en la cerradura y la puerta que se abría. ¿Qué pasaba? Se incorporó en la cama, agudizando el oído, y escuchando como lloros, hipos... ¿Qué pasaba?

Se temió lo peor. Oyó los tacones correr por el pasillo a toda velocidad, y la vio entrar en la habitación con un aspecto totalmente desaliñado. Ella, que siempre iba impecable, tenía el pelo revuelto, los ojos rojos por el llanto, el rimel corrido por las lágrimas... pero una sonrisa de oreja a oreja como hacía mucho tiempo que no le veía.

—¿Qué pasa? —preguntó, estupefacto.

—¡Estoy embarazada!

Y allí estaban. Las palabras que creía que nunca iba a escuchar. La sonrisa que creía que nunca iba a volver a ver. Las lágrimas empezaron a caer por su cara mientras ella se acercaba, se echaba en la cama y se abrazaba a él con todas sus fuerzas.

Y se dio cuenta de que sí merecía la pena vivir. Más que nada en el mundo. Por él, por ella y por ese hijo que esperaban. Y que haber dejado el tabaco iba a hacerle vivir mucho más, a disfrutar de esa mujer increíble hasta que ambos fueran una parejita de ancianos encantadores, y vería a su hijo crecer, casarse y tener hijos... ¡Merecía la pena vivir! ¡Y mucho!